

mf 8278

17-25496
DONACION

2390

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

17

Mary Corylé

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:O:—

1957



mf 8278 (orig)

MARY CORYLE

Diré con el primo genial:

Me lo veda la sangre.... Pero grito
con esfuerzo gigante, con voz doble.

Y este grito ha de ser de infinita dulzura, mas también de infinita verdad...

Si al Poeta todo le está cercano, si tiene en sí aquello que la distancia aparenta inasequible, por qué no ha de decir de la maravilla de su propia sangre, por qué no ha de cantar lo que participa en intimidad mayor de su propio corazón y su vida y su alma, por qué no ha de coronar de más luz todavía las cabezas queridas y no ha de tener en sus manos, bajo la hora más pura, la gracia infinita de la belleza hermana?...

He de decir la verdad de esta mujer admirable... He de decirla sin falsos resquemores, porque la verdad en belleza es una y única, sea cual fuere el alma que la inspira, sea cual fuere la palpitación con que palpita, y más si es pupila de nuestra pupila y voz apasionada de nuestra misma voz... He de decir lo

que pienso y siento de quien constituye mi propia vida y ahonda inefables honduras en mi propia sangre...

Hay que saber la lucha que Mary Corylé mantuvo frente a las incomprensiones y las jaurias fanáticas para comprender a cabalidad el sentido de su personalidad... Hay que recordar aquellos tiempos en que cada uno de sus poemas, de una bella desnudez apolinea, era contestado con la blasfemia del insulto tonsurado, en que cada una de sus rebeldes llamadas a la justicia humana recibía tan sólo la respuesta del aullido lobuno, cuando no el ceno del periodicucho envenenado en beaterio de barrio...

Pero ella superó con valentía absoluta el ambiente del tósigo y la maldad... Y pudo un día decir al mundo con serenidad perfecta: aquí mis hermanas todas, aquí mi hermana Delmira, aquí mi hermana Alfonsina, aquí mi hermana Gabriela, aquí mi hermana Juana, aquí todas nosotras que hemos cantado al Continente acaso como no lo cantaron ni siquiera sus mismos hombres del verso...

Las dos virtudes eminentes de Mary Corylé son su sentido de la naturaleza pura, esencial, de la cósmica bella desnudez del universo, y su amor infinito y sagrado por los seres humildes y olvidados... Su comunión absoluta con la tierra, en sentido de maternidad de todo lo creado, guarda esta pura y sencilla Estética: la estrella está desnuda de distancia y el agua tiene casta desnudez cristalina que besa apasionadamente la brisa... Su amor por el indio es el más cierto amor por la gleba americana, y lo canta en toda su belleza de alma, que sí la tiene, y mucha, por más que el arte en serie para la exportación quiera deshumanizarlo en

sus engendros teratológicos, o sus noveladores de bufete pretendan desfigurarlos hasta la caricatura monstruosa e inaceptable... Sin que esto quiera decir que no haya pedido con voz bien alta y con valentía mucho más pura que la de sus deformadores justicia para sus penas seculares, pero siempre con esta verdad laténdole en el pulso humano y estelar del verso: la raza dueña de América humillada está desde hace siglos, pero tiene hondura y belleza de alma que deben decirse y conocerse porque de ellas ha de partir seguramente la justicia que espera desde que el sol se ocultó para ella cuando en el mar aparecieron telas blancas empujadas por el viento del otro lado y rostros barbudos que no eran del mismo barro americano...

El grito de rebeldía de Mary Corylé ha sido desafiante y puro, pero lleno de una belleza poderosa aún en sus poemas de mayor desnudez en la temática o las palabras... Ella, espíritu altamente poético, todo lo ha comprendido, todo lo ha amado, y así también ha dicho dulzuras y ternezas infinitas que conmueven fibras exquisitamente hondas... Su voz fuerte y castigante de maldades y obscuridades del corazón humano halló también el cielo de los místicos y los santos, la sangre sacrificada de los apóstoles y de los mártires... La misma mano que escribiera "BANDERA" puso destellos de perfección perfectísima en aquel Santo de pura tierra cuencana que se llamara Honorato Vázquez... El hondo ensueño que soñara la apocalíptica visión de "LA BESTIA HUMANA" soñó el "ROMANCERO DE LA FLORECICA" ante el cual los mismos prelados confesaron que "creían haber asistido a una fiesta en el cielo"... La misma voz altísima que cantara el amor bajo el quemante sol de la Hélade en

"BESAME" ha dicho en pura vasija americana el "ROMANCE DEL AMOR CAÑARI", ese canto bellissimo de la eterna belleza de una raza... La misma palpación que alienta en "VICTIMAS DE LA GUERRA" palpito en la leyenda de Don Diego de Santillana, romance en que el esoterismo viene desde los siglos pretéritos con temblores extraños del alma... Mary Corylé, la que usa la lengua de Don Miguel en su castidad nobilísima, en la fabla suya, actual ejemplo único en lindes continentales, no olvida la lengua americana, el quechua dulce y expresivo, el idioma destilado santamente del capulí y la retama...

Toda la Obra de Mary Corylé, su múltiple y honda Obra, puede sintetizarse en esta sola omnicomprendiva palabra: AMOR... Amor por el amor y amor por el dolor, amor por la vida, sobre todo, porque la vida es bella en sus manifestaciones esenciales y son los hombres malos quienes enturbiaron sus castas desnudeces de agua clara... Amor, amor, amor, amor como la llama de la rosa, como la llama de los labios, como la llama de la santa rebeldía, como la divina llama del alma... Ella comprendió de toda comprensión el símbolo de Prometeo: el dios se volvió Poeta al traer el fuego a los humanos, y sus hermanos dioses, por tan bellissimo delito le condenaron al martirio de la roca... El Poeta trae fuego al mundo y con él ha de quemarse y ha de quemar, y con él ha de destruir la propia cárcel de arcilla, que es la simbólica roca, la cárcel impenetrable en apariencia de los corazones de los hombres... Mary Corylé ha traído un fuego supremo que es lo mismo la llama de la rosa que besa la mañana o la llama que besa la noche humana...

He gritado mi verdad, os lo digo a vosotros, her-

manos en el canto que no muere jamás... He puesto sobre mi propia sangre la rosa clara de mi sangre... Sobre la llama viva del amor he puesto mi tenue llama de ansias extrañas... Y quiero que éste sea mi homenaje a quien, con infinito cariño, con ternuras profundas, con sabiduría estelar y diáfana, abrió mis pupilas soñadoras y alucinadas a la eterna y bella vida del espíritu...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

MARY CORYLE

Con el casto impudor de la azucena
que en los valles ostenta su hermosura
y las turgencias de la luna llena
que atisban los luceros en la altura;

Con la viviente seducción helena
de la Venus de Milo que fulgura
en cálido alabastro la serena
desnuda majestad de su blancura;

Con férvida pasión de Pitonisa,
sin mentidos rubores, como brasa
que chispea aventando la ceniza,

Prende su verso con calor que abrasa
la lírica inspirada Poetisa
que mantiene las lumbres de su raza!

Alfonso Malo Rodríguez.

EPIFANIA

Quince años: y mi vida que se abría a la vida,
mi blanca juventud apenas florecida.
Mi cielo azul, mi mar azul como mi cielo,
no rizado ni por la caricia de un vuelo.

Yo la sultana, yo la reina de mí mismo,
radiante con la aureola de mi hondo misticismo;
recostada en la arena de mis propias riberas
veía balancearse mi barco de quimeras.
Y, olvidada de todo, perezosa y riente,
soñaba con un Príncipe de algún lejano Oriente.

Una buena mañana de junio, el de los soles
que besan a mi tierra con locos arreboles,
vi llegar a mi playa tu góndola dorada,
poniendo oro en lo azul de mi mar encantada.
Es mi Mago, me dije, ya viene; porque si:
si lo he soñado tanto... Si ya lo presentí...

Me vi: y estaba hermosa en mi pose indolente,
en mi pose de espera al Príncipe de Oriente:

En la brillante arena mi cuerpo como estrella
dejada por la noche en el regazo de ella.

La blancura ondulante de mi carne desnuda
que conmoviera aún al severo Dios Budha.

Mi cabellera bronce, la sangre de mi boca,
la redondez espléndida de mi juventud loca.

Me vi: ¡qué bella estaba! Regia cual para Ti.
Me vi: Tú ya te hallabas deslumbrado ante mí...

Prosternado en la playa me adoraste, y después,
inclinándote más, me besaste los pies.
Pero luego te alzaste, no, jamás te soñé
como cuando en mis ojos tu apostura copié:

Moreno, por los besos de tu sol tropical
que te diera su fuego y su belleza real.
Moreno, pero hermoso: esa tu tez morena
le dió sombras goyescas a mi tez azucena.

Y los ricos presentes que a mis plantas pusiste,
las maravillas que de tu país trajiste:

Dos cafres que alegraron mis extasiados ojos,
tu mejor dón: mis cafres... tus ojos, sí, tus ojos...

El ébano pulido de tu negra melena,
a la que yo ceñí mil besos por diadema.

Esa ánfora de vino tan rojo de tu boca
que la vertiera toda adentro de mi boca.

El marfil de tus dientes que quedaron impresos
en mí, por donde quiera que me hurgaron tus besos.

De tu aliento el exótico perfume que impregnó
mi temblorosa carne que, ardorosa, rozó.

El terciopelo uncioso de tu cutis oscuro.
De tu armoniosa voz el tintineo puro.

Y el raso transparente de tus morenas manos:
manos ociosas, manos propias de soberanos.

Y el más rico presente: el sangriento rubí
que, adentro de tu pecho, traieras para mí:
tu Corazón, la joya regia que en el albor
de mi seno irradió con extraño fulgor:
la claridad suprema que el Amor da de sí.

¡Ah, la luz en mi pecho del sangriento rubí!...
¡Ah, los presentes regios que ese día me hiciera
y las ofrendas que, de Oriente me trajera,
el Moreno Rey Mago que se dió todo a mí!...

OJOS CERRADOS

Le vi de dormido: fue allá, en la pradera,
le encontré recostado en la grama;
cuando ya la tarde caía
perezosa y mansa.

Le vi de dormido: la tez
dulcemente pálida,
enmarcada en rizada melena
auribronceada.

En el rostro de perfil heleno,
los labios muy rojos;
tentación de sangre en su faz tan blanca.

Sus ojos... ¿Cómo ver sus ojos?...
¿Qué serían ellos:
azules, o negros, o cómo tendría la mirada?...

¿Qué habría detrás de sus párpados?
¿Qué ojos velaban:
audaces, traviesos o mansos...
¿Qué habría debajo las negras pestañas?...

Pero El era hermoso, por más que el misterio
que encerraban sus ojos dormidos a mí me intrigara.
Si tendrá ojos negros...
Si tendrá... —Pensaba...—

¡Que despierte!... ¡Que despierte!... Quiero que despierte,
para ver sus ojos:
¿cómo serán ellos?...

Y, como al conjuro de mi hondo deseo,
se abrieron sus ojos. Eran incoloros...
Eran ojos muertos... Los ojos de un ciego.

Sintió mi presencia, y con esa única
intuición del ciego, me vió enamorada.
Tendióme los brazos, murmurando quedo:
—¡Por fin!... Eres Tú la mujer esperada...

Vacilé un instante; pero una
caridad intensa que inundó mi alma
me llevó a su lado.
Y, presa en sus brazos, sin decirle nada

Ungi con mis besos esos ojos tristes, esos ojos ciegos;
mientras El decía con fe, con amor y esperanza:
—Yo ya no soy ciego... Ya veo... Ya veo...

Ya mi noche tu Amor ilumina...
Dios te pague, Hermana, por caritativa:
has hecho limosna de Luz a mis ojos, de Amor a mi Alma...—

AMOR DE SOL

Eran las blancas lunas del Gran Shiri Atahuallpa:
el Cóndor de los Andes que al Inca destronó;
y yo, la tierna Susa, la más joven de cuantas
virgenes habitaban en el Templo del Sol.

Por mi color de bronce y mis ojos rasgados,
por mi melena lacia de brillante negror;
por mi carnosa boca: dulcísimo granado
que, al partirse, mostrara los blancos dientes, por

Mi garganta redonda y mis contornos núbiles,
inciertos, tentadores, cual capullos de rosas:
me decían hermosa, bien lo recuerdo yo.

Cierto día el Monarca de los reinos azules
me dijo: —Susa, duérmete; porque llegó la hora
sangrienta de la muerte de los Hijos del Sol.

Y, de mi largo sueño de no sé cuántas lunas,
ayer me ha despertado el Viejo encantador.
Y al mirarme en la mansedumbre de una laguna
y verme tan cambiada, le he preguntado al Sol:

—Yo me dormí morena, y me despierto pálida
como mi hermana Luna. ¿Dime por qué, Señor?
—Ya de los bravos Incas desapareció la raza,
y hoy, todos son tan blancos como tú y como yo.

—¿Y mi melena negra?... —Yo la volví dorada
con mis besos, porque ellos te creyeran hermana;
pues tú ya no eres Susa ni la Virgen del Sol.

—Llamarte pueden Lumbre o Luz; porque mis rayos
divinos en tu cuerpo de Luna se encarnaron
y en tí ya no son lumbre de Sol sino de Amor...

TRIO CAPRICHO

MIRAME:

Mirame largo, Amado mio,
y cierra los ojos después:
quiero que a lo que no es mio
albergue en ellos no des.

No mires; pero ni a las rosas,
porque ellas me han de encelar.
¿Para qué quieres ver las rosas?:
Yo sola te he de perfumar.

Mirame con tus ojos negros,
yo pondré en ellos mis **allegros**
y hasta un poco de mi dolor.

Mas, guárdate de dar entrada
a nadie, a nadie en la morada
tan honda y negra de mi amor.

BESAME:

Bésame; pero muy quedito,
bésame una eternidad:
tu beso ha de ser infinito
e intenso, como mi ansiedad.

Porque en tu boca la dulzura
de mis besos quiero poner,
a que te sepan a amargura
los que te diere otra mujer.

Y hasta los besos de las fresas:
almibaradas diablesas
que ungen la tierra con su miel.

No acerques tus labios a ellas
que, incitadoras y bellas,
para Ti sólo han de dar hiel.

ACARICIAME:

Acariciame la sedosa
piel, blanca y fina como los
capullos pálidos de una rosa
que despetalamos los dos.

Acariciame con tus suaves
manos tan ricas de unción:
con esas manos con que sabes
acariciarme el corazón.

Pero no toques más blancuras
ni aún las místicas y puras
suavidades de mi dolor.

Que, al acariciarlas, tu mano
sangrará con ellas, al gitano
rojo conjuro de mi amor.

SOY

Yo no soy rosa roja: soy una rosa pálida
que languidece adentro de un invernadero:
la de sutil y raro perfume, la intocada
que desfallece por el amor de un Lucero.

Yo no derramo sangre como las guindas, sino
yo soy como las uvas; pero esas uvas diáfnas
que aprisionan en su cuerpecito divino
la perlada blancura de una gotita de agua.

Y he dado ese perfume raro de mi corola
y la miel exquisita que elaboro yo sola,
como uva, como rosa, a mi Príncipe Azul.

No me pidáis mis besos: mi boca está cerrada.
No me imploréis limosnas de amor: está sellada
mi cantarina y rica fuente de juventud.

CREPUSCULO

En mi alma hay un tinte sombrío
—el de esta agonía solar—:
qué anhelos de azul... de vacío...
qué ganas de hundirme en el mar...

¿Quién sabe...: mi melancolía
conmigo al azul volará?...
¿Quién sabe...: esta hermana tan mía
conmigo en el mar se hundirá?...

No importa, no importa, con ella
mi noche ha de hacer una estrella
que ciegue a mi tétrico hastío.

Qué hermoso se debe de estar
arriba, en el dombo vacío...
abajo, en el fondo del mar...

CONCHITAS DE NÁCAR

Conchitas de nácar, ocultas
bajo las crenchas undosas:
pequeñas, sensibles, amantes,
conchitas de nácar hermosas.

Sus labios sensuales en ellas,
soplando la música suya:
"Te quiero... Te quiero... Te quiero..."
mis conchas de nácar enrubian.

¡Conchitas de nácar!, por ellas
yo sé de la Voz del Amado,
yo sé cómo manda el deseo,

Yo sé cómo implora el cariño.
Y sé de la música suya:
"Te quiero... Te quiero... Te quiero..."

CRISANTEMO AZUL

No sé si lo he soñado: en el Celeste Imperio
—de las cosas pequeñas encantado país—
y en el soberbio alcázar de un azul crisantemo
vive la diminuta Emperatriz Cha-Ling.

Adentro de sus pétalos se pasa todo el día;
sólo cuando la luna besa el palacio ideal,
descorre sus persianas la maga princesita
y asoma su minúscula figura de bazar.

Y es que nadie la ha visto: nadie más que su hermana,
la blanca Reina Luna, que para ella devana,
alegre, la madeja plateada de su luz.

No sé si lo he soñado, o me contó la Luna
en una de esas noches que le pidiera alguna
historia peregrina de un Crisantemo Azul.

BESAME

Bésame en la boca,
tentación sangrienta
que en el marfilino
color de mi tez
tu mirada aloca:
bésala, tuya es.

Toma y aprisiona
mis labios, retenlos
mucho, mucho tiempo
dentro de tu boca
y quede en la mía
la huella imprecisa
de tu beso eterno.

Ahoga mi risa,
sofoca mi aliento
con tu dicha loca:
bésame en la boca.

*
* *

Bésame en la frente:
mi frente es muy blanca...

muy blanca...
Tu beso ha de ser
como un roce de alas
para ese diáfano
albor de mi frente.

Con la dulcedumbre
del despetalarse
de una margarita;
con la levedad
de la mariposa
que besa a una rosa;
con el misticismo
del nardo que muere
al pie del Santísimo:
con esa dulzura,
ese misticismo
y esa levedad:
piano... quedamente...
bésame en la frente.

*
* *

Bésame en los ojos
con tu mejor beso:
un beso desnudo
de malos antojos.

Juntando tus labios
ponlos en mis ojos
como si posaras
tu alma sobre ellos;
como si besaras
la imagen bendita
de tu madrecita...

Bésame en los ojos
con tu mejor beso:

mis ojos son buenos,
mis ojos son tristes,
mis ojos ignoran
la maldad del beso.
¿Qué saben mis ojos
de tus sueños rojos?...

Por eso:
con tu mejor beso,
con piedad y unción,
cual si te llegaras
a la Comunión;
pura, santamente,
sin darme sonrojos:
bésame en los ojos.

* * *

Bésame en los senos:
armiño escondido
tras la caridad
leve del vestido;
inquietante dúo
de rosas gemelas;
dormidas palomas
en un mismo nido;
de esencia de vida
llenecitas pomas.

Mis senos... mis senos...
blancura encendida
con yemas de rosas.
Mis senos...
ondulantes, plenos:
bésame en los senos.

* * *

Bésame en las manos:
mis manos piadosas
y caritativas;
mis manos que ungieron
sangrientas heridas;
manos que ahondaron
muchísimas vidas...

Sigilosamente,
mis manos tentaron
esas vidas simples,
diáfanas, de arroyo,
y otras pecadoras
de sucio torrente.

Pon tu boca ardiente,
pon, sobre la albura
sabia de mis manos,
y duérmela en ella
para que se torne
más buena tu boca.

Si vieras:
cual curan mis manos
la lepra deforme,
las llagas más vivas
de muchos Hermanos:
y los dejan limpios...
y los vuelven sanos...

Bésame... si... bésame...
bésame las manos.

* * *
Bésame los pies
y no pienses que es
un capricho mío:
bésame los pies...

Ellos no han hollado
huertos florecidos;
no les ha lamido
cariciosa, el agua;
sino que se han ido
sangrientos, dolidos,
por una espinada
via de dolores.

¡Ay, cuánto han sufrido
mis pequeños pies!...

Sendas desoladas,
arenas candentes,
crispadas pendientes,
estepas heladas
saben de mis pies;
saben de la sangre
que en ellas hollaron
y de las crueldades
que les lastimaron.

¡Ay, cuánto han sentido,
cuánto... ya lo ves!

Por esto, arrodillate,
bésame los pies.

MONTALVO

Soberbiamente erguido, tal que su TUNGURAHUA.
Impetuoso, con impetus de salvaje AGOYAN.
Su espíritu de acero retemplóse en la fragua
eternamente ardida del Andino Volcán.

Corazón de Montalvo: América y España.
Palabra: su palabra de doctrina inmortal.
Escribe: y es su pluma la condórica garra
hundiéndose en la entraña del Tigre Ecuatorial.

.....
Agoniza. Nostálgico, piensa el Hombre del Ande:
—Si estuviera en mi Cumbre para dormir la muerte...
Sol... perfumes... y nieve... ¡Ecuador...! ¡Ecuador!—

Y la nieve, piadosa, andinizó el paisaje...
Paris le dió fragancias de nativos claveles...
Y el INCA expiró alegre, viendo morir su sol...

ROMANCE DE LA LIBERTAD

¡Es la Gesta de los Cóndores
en la cumbre del Pichincha!
¡Es la Gesta de los Libres,
en la Magna Reconquista!
Es el Triunfo de la América
milenariamente India:
Ya no más Señor Ibero...
Ya no más Españolaia...

Con los brazos amorosos
de la Cruz Jesucristina,
con su fabla, que es la fabla
de pura castellania,
con los tajos y mandobles
de sus armas homicidas,
con los cascos resonantes
de bestias apocalípticas
que hollaron el virgen suelo
de las tierras amerindias;
esos Centauros barbudos
que Vira-Cocha veía
sobre el lomo del Gran Charco

que abraza las costas indias:
Los Centauros Españoles
de prepotencia divina,
sojuzgaron nuestra América
vertiendo su españolaia
en las ánforas tostadas
de sus bellisimas indias.

Ya el Dios-Sol impera libre
en la Cumbre del Pichincha:
el Sol-Padre de Atahualpa,
el Dios de Calicuchima,
el Sol-Dios de Rumiñahui,
el Dios de la Raza Indígena.
Ya las innobles cadenas
a Padre Inti no esclavizan:
Cayeron rotas al vórtice
de la Magna Cumbre Andina,
en fuerza de alas y garras
de condórica embestida
a los Centauros Hispanos
que hicieron suya a la India:
Ya no más Señor Ibero...
Ya no más Españolaia...

El Pichincha se corona
de hijos de tierra amerindia
que aparecen en su plinto
retando a la españolaia
a fiero y leal combate
por la Libertad de su India.

Antonio José de Sucre
—penacho de varonía—
se yergue en la Cumbre Augusta
como roja flama viva
que, triunfal, erupcionara
el fiero volcán indígena.
El viento le desmelenaba
donándole esa bravia
voz, que al enemigo mata,
igual que su espada invicta.

Y el Héroe victorioso,
en la cumbre del Pichincha,
recibe del Sol Incario
la honrosa Mariscalía
que confirmó en Ayacucho
el Libertador Bolívar.

* * *

Y, ¿quién es el Bravo Niño
que porta la Patria Insignia?
¿Qué Dios vengador le infunde
la insólita rebeldía?
¿Cuál el Héroe que alienta
en tan brevísima vida?:
Abdón Calderón se llama,
Hijo es de la Morlaquia.

La vida se fuga rápida
por labios de sus heridas,
empurpurando con sangre
el regazo del Pichincha;
mas, al Niño valeroso
la muerte no le intimida,
pues, con la fe de los mártires,
clama con voz inaudita:

"¡Muero por mi Patria Libre!..."
"¡Muero para que Ella viva!..."

Y en el Pichincha se tiende
durmiendo en la falda nivea
el sueño de su heroísmo
y la gloria de su vida.

El Sol le ciñe la frente
con rayos de luz tan viva,
que parece estatua de oro
yacente en la Cumbre Andina.

* * *

¡Es la Gesta de los Cóndores
en la Cumbre del Pichincha!
¡Es la Gesta de los Libres,
en la Magna Reconquista!
Es el Triunfo de la América
milenariamente India:
Ya no más Señor Ibero...
Ya no más Española...

ROMANCE DEL AMOR CAÑARI

I

Padre Inti regó sus oros
en el inmenso trigal:
las espigas con los vientos
ya están danzando el Jaguay.

En su templo de Inga-Pirca
el Sol aguardando está
la ofrenda del rubio trigo
que mañana han de segar,
al són de indianos lamentos,
en la Fiesta del Jaguay.

Taita Pedro y su bocina
recorren el pajonal,
llamando a todos los indios
de la cumbre del Cañar
a la Fiesta de la Siega
y la danza del Jaguay.

Taita Pedro, tu bocina
tan bien que sabe llorar,
como la voz de la raza
en el canto del Jaguay...

II

Al calor del Rucu Taita
sus hijos van a segar:
la hija del Indio Varayo,
la longa Natividad,
y, más apuesto que todos,
el longo del Sebastián.

Ella la india más donosa
de toditito Galuay.
El, el indio más valiente
de toditito el Cañar.

Noche cerrera en los ojos
de la cañari beldad
y la boca reteñida
con las frutas del moral.
Los besos del Rucu Taita
le requemaron la faz,
que es del bronce de la raza
de más pura indianidad.
Trenzas de pelo tan negro
como alas de gavián
y los senos —tugadoras
del húmedo carrizal.
Camisa blanca bordada
con cien flores de amancay
y la pollera más negra
que la tinta del piñán.

Diez hualcas de mullos rojos
y cuentitas de coral
besan la carne tostada
de la Virgen del Galuay.

Nati, cuántos pobres longos,
amorosos, mirarán

tus quince Mayos floridos
en la Fiesta del Jaguay...

III

Ningún longo tan apuesto
como el Chabita Paucar:
en él se mira, orgulloso,
el Cacique Sebastián;
porque es generoso y noble,
y al pobre amparo le da,
porque es altivo y gallardo,
y valiente de verdad.

Jamás inclina la frente
ni ante el Cacique Paucar.
Los ojillos —ninacuros
le rebrillan en la faz
y la boca tiene un gesto
de fiera y voluntad.

El ademán es del indio
que un día Jefe será:
como que ya es el Cacique
de los longos del Cañar.

Hay que admirarle al Chabita
cuando salen a lacear:
en el nudo de la beta
encarna su voluntad
y al torete más bravio
el longo sabe domar
con la fuerza de su brazo
y la maña del acial.

Y hay que mirarle al Chabita
cuando se van a segar,
haciendo cortes y lances

de graciosa agilidad,
con la musical destreza
de la hoz que blandiendo va
en lucha con las espigas
del apretado trigal:
tal como el Dios aborígen
de la Fiesta del Jaguay.

IV

Ya están danzando las hoces
en el dorado trigal
y las espigas se riegan
sobre su tierra Cañar,
besando el materno seno
del que les arrancan ya.

Las indiecitas solteras
comienzan a gavillar;
mientras los hombres sollozan,
con rítmica gravedad:
"Rucu Taita va camino
de la loma de Galuay,
¡apuren, indios ociosos,
aquí vamos a cainar!
¡Apuren longos y longas,
que la noche viene ya!
¡Apuren, antes que duerma
el Sol detrás del Cañar!
¡Apuren todos los runas!
¡Apuren: Jaguay!!! ¡Jaguay!!!!"

El Chabita ni trabaja,
ni canturrea el Jaguay,
que al ver la jugosa boca
de la india Natividad,
se ha quedado saboreando
la frutita del moral.

Y en la noche de sus ojos,
de cerrera oscuridad,
con ser osado y valiente,
el longo perdido va.

La pobre Nati ha caído
en garras del gavián,
cuyos ojos-ninacuros
prendieron su lumínar
en el shungo de la longa
que como chumado está
dentro del pechito virgen
que ya mismo va a estallar.

El es el longo más guapo
de toditito Cañar.
Ella es la longa más linda
de toditito Galuay.
Y la Nati y el Chabita
se acaban de enamorar,
al són de indianos lamentos,
en la Fiesta del Jaguay.

V

Ya se quieren los dos longos,
piensa el indio Sebastián,
al ver que los dos se meten
bien adentro del trigal:
el Chaba para la siega
y ella para gavillar.

Las más granadas espigas
escoge el Chaba Paucar
y entre sus ásperas manos
las retuerce sin piedad,
para quitarles la paja
que pudiera lastimar

el pechito de su longa
que hambriento de ellas está.
Y, entre tímido y bravío,
desliza la mano audaz
bajo del lienzo bordado
con las flores de amancay,
para esconderlas, avaro,
—según costumbre Cañar—
en el pecho de la Nati,
donde nadie las verá...

En el seno de la longa
el trigo se ha de hacer pan,
molido por los anhelos
de la Virgen de Galuay
y sollamado en las brasas
que en sus entrañas está.

Y, con los oros del trigo,
—según costumbre cañar—
una gotita de sangre
—yaguar-sisa del trigal—
florece entre los dos senos
de la india Natividad.

VI

El Sol ya escondió la cara
tras la cumbre del Azuay.
La inmensa pampa ha quedado
sin hombres y sin trigal.
Los indios desfilan lento
por el largo chaquiñán,
canturreando, ya cansados,
el sollozo del Jaguay.

Cañari, como sus hijos,
la noche sale a segar

en el campo de luceros
de la comba sideral
con la hoz de plata bruñida
de la creciente lunar.

Ya se van todos los indios
con la tristeza racial
que les brindara la chicha
y el sollozo del Jaguay.

Entre los más rezagados,
va la india Natividad
y, tras de su tortolilla,
se va el Chabita Paucar,
tirándole pedrezuelas
con el picaresco afán
de que se vuelva la Nati
y él decirle una vez más:
—Nati, por vos'toy muriendo...
—Longo, nu-is bueno embromar.
—Nati, cuándo casaremos...
—Chaba, loco cr'o qui'stá...
Mientras sus ojos se besan,
mientras sus almas se van
juntitas, como urpi-huahuas,
por el largo chaquiñán.

VII

Por la muerte de su luna,
la noche viuda va
y las estrellas, sus hijas,
huérfanas de luz están.
Todo el paisaje se envuelve
en su manto funeral
y, endemoniado verdugo
de los cerros del Cañar,
el viento pasa silbando

por el agrio pajonal.
Noche: la noche cerrera
de la loma de Galuay...

Muy cerca de la quebrada,
de la choza del Pascual,
sale el indiano gemido
de un tristicimo San Juan
que, en el seno de un pingullo
de cañas del carrizal,
es como voz de la Raza
que, en agreste soledad
de la Cordillera Andina,
eleva la musical
oración de un Sanjuanito
implorando libertad.

Por la cuesta del "Tigrillo"
los perros se oyen ladrar
y, muy cerca de las chozas,
—no por el camino real—
se escurre el longo Chabita
como una sombra no más,
para llegar a la choza
de su india Natividad.
Entre sus brazos conduce
la prenda matrimonial:
un corderito más blanco
que las nieves del Azuay
y más crespo que los rizos
que enchuran el arverjal.

El longo llega a la choza
cuando todos duermen ya
y a su cordero le amarra
debajo del huabisay:
árbol que guarda las chozas
de los indios del Cañar.

Cuyándole, despacito,
el Chaba pensando está:
"si es qui me quiere la Nati
mi borreguito ha d' echar
en propia camita d' ella
en qui soñando stará;
para amarrarle las cintas
qui-a mi shunguito dirán
qui la Nati sí me quiere
y conmigo ha di casar".

"¿Pero si ella'stá engañando?:
la longa verá no más...
Si l'encuentro a mi borrego
amarrado al huabisay
y pasadito de frio
de qui venga yo a chapar
cuando Rucu Sol levante
en el cerro di Burgay
y cuando canten los gallos
horita di trabajar.
Si Nati me'stá engañando:
la longa verá no más..."

Derrepente, se sacude
y se pone a caminar,
hablando consigo mismo
en la negra oscuridad:
"Con lo qui llora borrego,
Nati se va'dispartar
y no quiero qui me coja
metido en su pegujal".
Y al corderito le dice,
cuyándole una vez más:
"Calla, calla, borreguito,
qui Nati ya'di llegar..."

VIII

El cordero está amarrado
en el mismo huabisay,
perdido entre los cien lazos
que al Chaba diciendo están
que la Nati sí le quiere
y que pronto han de casar.

Cuántas cintas... Cuántos lazos
puso la Natividad...:
Cintas de oro más brillante
que los oros del trigal
y cintas de agua más pura
que las aguas del Galuay.
Cintas azules, azules,
como su cielo Cañar
y cintas negras, más negras
que noche de tempestad.
Cintas más frescas y rojas
que las frutas del moral
y cintas más requemadas
que su india Natividad.
Cintas rosas y amarillas
como flores del tapial.
Cintas lilas y moradas
como florido alfalfar.
Hay cintas de caña verde
y de verde carrizal.
Cintas de todos colores
que al Chaba gritando están,
—en el lenguaje tan vivo
de la costumbre cañar—
que si le quiere la Nati
y que esperándole está
para cambiarse las prendas
que el casorio han de amarrar.

IX

Agosto baña los cerros
con su sol canicular,
requemando el negro vientre
de la tierra maternal
que se da —mujer cañari
de intensa fertilidad—
a las aguas de su cielo
que su sed apagará
y a la siembra de sus indios
que su hambre ha de mitigar.

Con el sol, llega a la cumbre
el Cacique Sebastián,
conversando, acalorado,
con el Eustasio Amay,
el Rimador más sabido
de los Pueblos del Cañar.

Detrás de ellos, cabizbajo,
camina el Chaba Paucar.
Todos tres van a la choza
del Varayo de Galuay,
para amarrar la palabra
que, en el dorado trigal,
se dieron ya los dos longos
en la fiesta del Jaguay.

X

Con el taita de la Nati,
el Cacique y el Amay,
sentados en grandes bancos
de indiana rusticidad:
el Rimador va contando
lo que el Cacique Cañar
le ha regalado al Chabita
de pinshi matrimonial.

"Un par de robustos bueyes
qui tierritas han di arar
y la vaquita barrosa,
qui recién parida está.

Veinte ovejitas merinas,
las mejores del corral,
y toditos los aperos
qui pueda necesitar
para labrar il tarpuna
qui al Chaba li ha dado ya,
frente a frente de Inga-Pirca
en lo mejor del Cañar.
Fuera di todas las cosas
qui longo poniendo está
en propias manos de Nati,
allá afuerita no más".

XI

A las puertas de la choza,
pegados al huabisay,
la Nati con el Chabita
parlando, bajito, están,
cambiándose los agrados
—según costumbre cañar—.

El le regala una hualca
sólo de mullo coral,
con la Cruz de Caravaca
de su abuela Trinidad;
mientras le dice, amoroso,
la frase sacramental:
"Para qui a mi longa Nati
ninguno li pueda ojar..."

Ella le pone un anillo
de acero, en el anular,

advirtiéndole a su Chaba,
entre celosa y mordaz,
"Para qui solteras sepan
qui cumprometido'stás..."

Y luego, el longo le ofrece,
henchido de vanidad,
liclla de seda bordada
con un lindo pavo real,
diciéndole, apasionado:
"Estito, Natividad,
para qui pongas el día
qui vayamos a casar".

La Nati le da una faja
que al Chaba ciñendo está
como el cuichi ciñe al cielo
pasada la tempestad.
Mientras dice, maliciosa:
"Chabita cuenta-pes ya,
en las tocclas di la faja
las lunas qui han di pasar
hasta la noche qui robes
y vayamos al ciudad,
para qui Taita Corita
nos bote haciendo casar".

Uno por uno, los nudos
el longo contando va:
"uno... dos... tres... cuatro... cinco...
¡Cinco lunitas no más!!!"

Naticita, casaremos
cuando azulé'il papal
qui aurita no más simbramos
en tarpuna dil Cañar.

Pasaron las cuatro lunas
y la quinta llegó ya.
Quilla-Mama de los longos
que bajo su amparo están,
la luna llena pasea
en su cielo del Cañar,
palideciendo las flores
azules del pegujal.

¡Noche más bella esa noche
de indiana solemnidad!
hasta el viento se ha dormido
en el agrio pajonal,
a que se vayan los longos
con su amor, y nadie más...

Siguendo el rito aborigen
de los indios del Cañar:
bien cogidos de las manos
la Nati y el Sebastián
corren, y corren, y corren,
sin pararse a descansar,
sin decirse una palabra
y sin volver cara atrás.
No sea que el Supay malo,
oculto en el pajonal,
al ver dos longos solitos
salga al camino, a quitar
a Nati, para botarle
en su quebrada Maluay,
haciendo ñutus el shungo
del pobre Chaba Paucar.

Corren, y corren, y corren:
pues los dos quieren llegar

a lo que tanto han soñado
—cinco lunitas no más...
antes que la luna duerma
en sus nieves del Azuay
y antes que los gallos canten
la horita de trabajar.

Corren, y corren, y corren
con el ardoroso afán
de llegar madrugadito
a la Iglesia Parroquial
a pedirle a Taita Cura
que bote haciendo casar
y que bendiga la Tierra
de la Virgen de Galuay,
para la siembra cañari
del longo Chaba Paucar
que se encarnará en el vientre
de la india Natividad:
perpetuando la muy noble
Raza del Indio Cañar...

— TRADUCCION DE LOS VOCABLOS CAÑARIS USADOS EN ESTE ROMANCE —

- AGRADOS.— Obsequios.
- AMANCAY.— Orquidea de los páramos.
- AMARRAR.— Reforzar.
- AMAY.— Apellido indígena.
- AURITA.— Ahorita.— Ahora.
- AZUAY.— Nombre de una Provincia del Ecuador y Nevado del mismo.
- BARROSA.— Color de tierra.
- BETA.— Tiras de cuero, largas y retorcidas.
- BOCINA.— Instrumento musical indígena.
- BURGAY.— Nombre de un lugar cañari.
- CACIQUE.— Jefe de un pueblo indígena.
- CAINAR.— Pasar el día.
- CAÑAR.— Nombre de una Provincia del Ecuador y Montaña del mismo.
- CUICHI.— Arcoiris.
- CUYANDOLE.— Acariciándole.
- CHABITA PAUCAR.— Sebastián Paucar.— Nombre de varón.
- CHAPAR.— Espiar.
- CHAQUIÑAN.— Camino vecinal angosto.
- CHUMADO.— Borracho.
- ENCHURAN.— Hacen rizos.
- GALUAY.— Nombre de un lugar cañari.
- HUALLCAS.— Collares.
- INDIO VARAYO.— Autoridad indígena de un pueblo pequeño.
- INGA-PIRCA.— Casa del Inca.
- INTI.— Sol.

JAGUAY.— Apuren.— Voz con que los cañaris bautizaron la Fiesta de la Siega.
 LACEAR.— Echar lazo.
 LONGOS Y LONGAS.— Muchachos y muchachas.
 LLICLLA.— Pañuelo con que se rebozan los indios.
 MALUAY.— Nombre de un Torrente cañari.
 MERINAS.— Finas.
 MULLOS.— Piedras falsas.
 NATI.— Natividad.— Sincopa de este nombre.
 NINACUROS.— Luciérnagas.
 ÑUTUS.— Pedazos pequeños.
 OJIAR.— Hacer ojo.— Mal de ojo.
 PEGUJAL.— Extensión corta de tierras.
 PINGULLO.— Instrumento musical indígena.
 PIÑAN.— Frutita que da la tinta negra.
 PAMPA.— Terreno grande.
 PINSHI.— Contribución.— Dote.
 QUILLA-MAMA.— Luna-Madre.
 RIMADOR.— Indio vivo, sabido, que habla por los otros.
 RUCU-TAITA.— Viejo-Padre.— Sol.
 RUINAS.— Hombres.
 SAN JUAN.— Aire musical indígena.
 SHUNGO.— Corazón.— Entrañas.
 SUPAY.— Demonio.
 TAITA.— Padre.
 TAITA CORITA.— Padre Cura.— Párroco.
 TARPUNA.— Terreno labrantio de indios.
 TIGRILLO.— Nombre de un lugar cañari.— Tigre pequeño.
 TOCLLAS.— Nudos.
 TUGADORAS.— Tortolillas.
 URPI-HUAHUAS.— Polluelos de tórtola.
 YAGUAR-SISA.— Flor de sangre.— Amapolita silvestre.

NOTICIARIOS

Qué inventos los del Hombre:
 Gutemberg... Marconi... Edison...
 ¡Qué formidables inventos
 para la perfecta felicidad del Hombre!...

AYER:

Los diarios de las grandes urbes
 que duplicaban y triplicaban sus ediciones,
 de una a una de la mañana.
 Y los otros de formato pequeño,
 como las capitales provincianas
 en que vieran la luz.
 Y aún los mendicantes semanarios
 de pueblecillos ignorados
 denunciaron:

"En Europa se ha desencadenado
 la guerra de los hombres.
 Se lucha cuerpo a cuerpo...
 vida a vida...
 tigre contra tigre...
 Sin que el maquinismo,
 en sus albores de ferocidad,

desplace totalmente
el valor, la táctica, la hombría”.

“Rusia, Alemania y Austria;
Inglaterra, Italia y Francia;
y veinte países aliados
de la bárbara matanza mundial,
pierden y ganan...
ganan y pierden...
hasta que el Tío Sam,
tomando en sus manos todopoderosas
la Balanza de la Muerte,
inclinó uno de los platillos
rebosantes de sangre humana
del lado de la Democracia”.

¿QUE DEMOCRACIA???

HOY:

Los rotativos de las ciudades babilónicas
que arrojan hasta doce ediciones,
de una a una de la mañana.
Y los diarios de las capitales secundarias.
Y aún los semanarios de pueblecillos pequeños.
Todas las radio-emisoras que surcan el cielo
con sus voces multidiomáticas.
En todas las salas de cinematógrafos
de los Cuatro Puntos Cardinales
las noticias: pan y agua de los espíritus
ávidos de carne y sangre humanas:

“Gigantescos aviones violadores del infinito,
ennubecieron más el cielo de Inglaterra;
sólo por dejar caer sus fuegos de artificio
y su juguetería infernal
en un asilo de niños ciegos.

Al ruido de las máquinas demoniacas
salieron los pequeños a las terrazas y jardines,
batiendo sus manecitas con ojos
y entonando inefables canciones de júbilo.
Nadie les dijo que esos juguetes
acallarían para siempre sus voces alegres
y abrirían sus ojos sin luz
a la eterna claridad de la nada.

“Más tarde, los ingleses,
pilotos de caza-aviones justicieros,
derribaron doce aviones enemigos.

“Doce máquinas enemigas
—más valiosas que las vidas de niños y pilotos—,
cayeron envueltos en llamas
sobre la tierra arada por los tanques de guerra
y las cien máquinas todo destructoras
que arrasaron con civilizaciones milenarias
en las ciudades europeas”.

Las voces histéricas de las radio-emisoras,
introduciéndose en todos los hogares del mundo,
gritan:

“Del Aereodromo X salieron treinta y ocho aviones.
Regresaron solamente diez y siete...
Pero los cañones caza-aviones
derribaron veinte y un aviones enemigos...”

“Hablan Naciones Unidas:
Ayer, nuestras bombas
hicieron blanco en dos ciudades
—guardaalmacenes de los Rojos
en los Campos Coreanos—
Sólo perdimos cuatro máquinas:
una milésima parte de las nuestras...”

"Se dice que, una de las poblaciones
de la Corea invadida
es víctima de las bombas microbianas..."
¿Y qué?... La maldita raza amarilla
se multiplica como ratas
y hay que exterminarla de uno u otro modo...

Y en los telones platinados vemos:
cien aviones fraticidas
tendiendo el vuelo hacia la Muerte...

Tanques de guerra, carros blindados,
cañones antiaéreos preparando los campos
para la siembra aciaga de la Muerte...

Submarinos que se adivinan
debajo de las aguas verdosas,
por el cabeceo agónico
de la inmensa nave herida
por tan terrible enemigo, oculto
por la insondable careta oceánica,
encubridora de la Muerte...

Soldados... Soldados... y Soldados...
Viejos soldados de rostros curtidos por los soles,
Muchachos de caras soñolientas
y labios empapados aún de leche materna.
Desfiles interminables de hombres
que entonan con tétricas voces
y en varios idiomas sus marchas guerreras.
Hombres blancos, y negros, y amarillos:
inútil y enflaquecida carne
para la voracidad insaciable de la muerte...

Y millones de toneladas de papel
con sus columnas macabras
ciegan los ojos de los hombres
con el rojo vivo de la sangre humana...

Mas. Otra vez el omnipotente Tío Sam
metió sus manazas en un platillo
de la balanza macabra:
inclinándola ahora también
hacia acá de la Democracia:

PERO, ¿QUE DEMOCRACIA????

MAÑANA:

Innominados:
porque los sapientes inventores
llámanse Rusia... Norte América...
Inglaterra... Francia...
Y aún México... Brasil... Argentina...
—que se creían reencarnadores
de Cristo y del Quijote—.
Mesnadas de científicos,
obedientes al imperativo milenar
de la destrucción apocalíptica,
pondrán en marcha su maquinismo
supresor de la guerra entre Hombres
y de los hombres mismo.

No ya en pobres telones platinados,
en la infinita pizarra celeste
y en los altísimos paredones de los subterráneos
—moradas de los hombres supercivilizados del mañana—
contemplaráse la total-científica destrucción
del Mundo de los hombres.

New York, ciudad de los diez mil rascacielos,
recibirá en su seno —refractario a toda visión—
la caricia de la Bomba de Hidrógeno:
—Hija nefanda de dos Potencias enemigas—
Y en lo que otrora fuera vida... luz... trabajo...
no será sino un caos abismático,
de bordes y entrañas agresivos

para quienes osen adentrar sus miradas en ellos
—desde Marte o la Luna quizá...

Mas, otra Bomba Superatómica
borrará de la faz terrestre
la Rusia de los Soviets.
Y la luminosa blancura de sus estepas,
y el rojo sangriento del Kremlin
no serán ya sobre la tierra:
sustituyéndole la nada de la Muerte.

Los ojos nada verán.
Y los oídos no escucharán ruido alguno:
porque se inventarán gases envolventes
de las automáticas alas porta bombas;
porque las voces de los motores
morirán ahogadas por las toneladas de silencio
del Mundo deshabitado...

Y las emanaciones de tales bombas
enloquecerán a los hombres sobrevivientes:
escuchándose voces inauditas antes
y mirándose esqueletos viandantes que,
presos de alucinaciones psíquicas aterradoras
y torturas corporales innumbrables,
se abalanzarán hacia los multimillones de seres
acortadores de sus días enloquecidos:
¿Para qué se inventaron las Bombas Microbianas
en los laboratorios-antros donde se perfecciona
la inmundia Guerra Bacteriológica???

Rusia... Norte América... Inglaterra... Francia...
Y vosotras, Naciones Latinas
que portáis almas de Cristo y del Quijote:
Proclamad, con altísimas voces, la Ciencia
de este Siglo deshumanizado
que os hará desaparecer de la Tierra
bajo el peso de vuestra inicua Supercivilización...

SOMOS TRES MAJADEROS

¡Libertador excelso de las cinco Naciones!
No te vence la muerte; te vencen los baldones
que de ellas recibiste en pleno corazón.
Hoy, ya no eres Bolívar... Hoy eres un ex-hombre
sin patria, sin amigos, sin honor y sin nombre
yéndote con la muerte: suprema redención.

¿Héroe? ¿Tú, caído en anónimo lecho,
la frente ennubecida, el mentón sobre el pecho,
los ojos sin la lumbré que América incendió?
El cuerpo corroído por el mal impiadoso
que se bebe tu sangre —y no en campo glorioso—,
las manos pordioseras: ¿y eres Libertador?

¿Piensas acaso...? ¿Piensas...? ¿O hasta la chispa ardiente
que, Rey del Chimborazo, te iluminó la frente
en tu inútil cerebro del todo se extinguió?
Tú, Redentor de un Mundo: pobre, solo, dolido...
Tú, Creador de América: humillado, vencido...
¿qué hisciste de tu hombría...? ¿Dónde está el Redentor...?

Anda Bolívar, anda: ándate con la muerte;
que, mañana, en las sombras de ultratumba han de verte:
Héroe... Grande... Puro... Genio... Perfecto... Dios...
Muérete por los hijos que te crucificaron,
los hombres que en tu Gólgota tu Evangelio escucharon:
"SOMOS TRES MAJADEROS: CRISTO... QUIJOTE... Y YO..."

BENDITA SEAS

Porque naciste de un amor
arrullado en el camastro de la miseria
y frutecido en una casa de beneficencia;
¡Obrera, bendita seas!

Porque tus manecitas de niña
se juntaron un día, implorando su pan
y tus pies pequeñitos
sangraron en los guijarros de las calles;
¡Obrera, bendita seas!

Porque creciste hija del trabajo y de la pobreza
—padre y madre común de los obreros—
y aprendiste a contar en las estrellas
de la pizarra azul del cielo
y a deletrear tu nombre en las letrotas negras
de un diario roto;
¡Obrera, bendita seas!

Porque lastimaron tus oídos
las galanterías procaces de los niños bien
y en tus carnes quinceañeras
se solazaron las miradas lascivas
de los patrones insaciables;
¡Obrera, bendita seas!

Porque, con la leche de tus senos
pones fuerza en los músculos
y hombría en el pecho de tu hijo
que ha de estrangular mañana
la ambición y osadía del amo;
¡Obrera, bendita seas!

Porque, al igual de tu hombre,
ganas el pan con el sudor de tu frente
y sientes los azotes de la vida
y los salvazos de los señores;
¡Obrera, bendita seas!

Porque eres la Mujer Fuerte
que vistes a tus hijos
con el cáñamo hilado por ti misma
y nada más le pides a la existencia
que "el pan nuestro de cada día";
¡Obrera, bendita seas!

Porque, generosa, multiplicas el germen
que, siendo amor, es vida,
y, siendo vida, es riqueza del Mundo;
¡Obrera, bendita seas!

Porque tu amor no degenerado,
y tu vientre fecundo,
y tus senos ubérrimos
dotan a la tierra de vigor y fuerza,
prosperidad y progreso;
¡Obrera, bendita seas!

Porque sólo TÚ eres la Tierra
donde gesta ya la simiente
de la Humanidad más humana del mañana;
¡Obrera, bendito seas!

ROMANCE DEL HIJO DEL SOL

DIGO LA VIEJA LEYENDA
DE MI TIERRA TUMIPAMBA
TRADUCIENDOLA AL ROMANCE
DE MI FABLE CASTELLANA.

Inti Rupay se moria,
Inti Rupay no alumbraba;
el día, su faz radiante
velaba con una máscara
e, insomne, en su negro lecho,
la noche se desvelaba:

Inti Rupay se moria
por la hermosa Tumipamba.

Rayos de Luz de sus ojos
con que a la Amada miraba...
Besos de Sol de sus labios
con que besaba a la Amada...
Amor de Dios que en el vientre
de su Amada se encarnaba...

* * *

Y fue el Fruto: hermoso Fruto
del Sol y de Tumipamba:

gallardo en el cuerpo airoso
de la verdinegra caña,
hebras de Sol las madejas
de su cabellera lacia
y todo el Sol, con sus oros,
en la mazorca granada.

Inti Rupay tiene un hijo
en la indiana Tumipamba.

El Sol descendió a la Tierra
que dió a luz al bello Zara.

* * *

Y, cuando el hijo ya mozo,
orgullo de Tumipamba,
el Sol le pide a su Tierra
que, convertida en una ánfora,
le ofrende, en su propio seno,
el espíritu de Zara.

Al Hijo del Sol le moja
el llanto de Tumipamba,
y le cubre, dolorida,
con la fúnebre mortaja,
tendiéndole ante Inti Rupay
que con sus besos le abraza.

Después, el rumi tritura
su vida sacrificada
y el fuego le purifica
al Hijo de sus entrañas.

Así, le torna a su seno
la heroica Tumipamba
para ofrecerle a Inti Rupay

el espíritu de Zara:
rubio, como el Dios del Fuego
y dulce, como su Amada.

*
*
*

Inti Rupay besa, amante,
el seno de Tumipamba
encarnando nuevamente
sus rayos dentro de la ánfora.

Y el Sol regala ese fuego
—que ya no es Zara sino Azua—
a sus vasallos, los hijos
de su Tierra Tumipamba.

AZUA: ENGENDRO DE INTI RUPAY
EN LA TIERRA TUMIPAMBA.
AZUA: DON DEL SOL AL INDIO.
AZUA: ESPIRITU DEL AZUAY.

TRADUCCION DE LOS VOCABLOS CAÑARIS DE ESTE POEMA

INTI RUPAY.— Sol Ardoroso
TUMIPAMBA.— Tomebamba
ZARA.— Maíz
RUMI.— Piedra
AZUA.— Chicha
AZUA.— Azuay.

EL ROMANCE DEL LAGO

I

Quiero los albos cendales
del Coloso immaculado,
para vestir la palabra
de mi Romance del Lago

Quiero la verdad suprema
del Viejo Rey coronado,
para eternizar su efigie
en las aguas del San Pablo.

Y quiero la majestuosa
serenidad del Nevado,
para carne de mi verso
y espíritu de mi canto.

II

¡Suerte de la Madre Tierra!
¡Feliz la Madre Otavalo!
porque en los suaves repliegues
del amplísimo regazo,
eternamente dormido,
acuna al hijo San Pablo.

Es tan hermosa la Madre
que el hijo vive encantado
besando el seno materno
y mecido por sus brazos:
siempre niño... siempre hijo...
siempre blanco... blanco... blanco...

¿Cómo huir: si el Imbabura,
el Viejo Rey coronado,
el Padre que le engendrara
en la virgen Otavalo;
vive por siglos de siglos
a la vera de su Lago,
amparando su existencia
debajo del niveo manto?...

Padre Imbabura tan padre
que jamás le ha abandonado:
ni en la noche de los tiempos,
ni en los días que contamos.

¿Por qué dejar a los padres?...
¿A qué fugar de su lado?...
¿siendo tan corta la vida
y siendo el mundo tan malo?...

Hurgando la propia entraña
de la virgen Otavalo,
los pies del Coloso augusto
en su tierra se han clavado,
y los ojos en el cielo
que ha descendido hasta el Lago,
para mirarse más cielo
en el cristal del San Pablo.

Y, por si fugar quisiera
de los paternos cuidados:
enorme cinta argentada

—como cinto del San Pablo,
que ata la vida del hijo
a la del Padre Nevado,
que al niño obediente liga
con Mama-Llacta Otavalo—
el Itambi se ha tendido
de orilla a orilla del Lago,
poniendo su alba coyunda
sobre de su pecho glauco,
para encanto de los ojos
y ejemplo de los humanos.

III

¡Y cómo paga la Tierra
el cariño de su Lago:
para ceñirle, amorosa,
con los brazos perfumados
se ha puesto cien brazaletes
y toda ella se ha anillado
con aromosos narcisos
y flores de loto blanco
que duplican su blancura
en los ojos del San Pablo.

¡Cómo se doblan las flores
en amoroso desmayo,
por mirarse en el espejo
cristalino de su Lago!...
¡Cómo les besa en la boca
el durmiente enamorado
y, con sutiles caricias
les arranca de su tallo
y les sepulta, amoroso,
dentro de su pecho glauco!...

IV

Madre como otra ninguna,
la Tierra-Madre Otavalo:
¿qué hay de juguetes hermosos
que no le dé al hijo amado?:
Patillos que se deslizan
como diminutos barcos.

El vuelo de las gaviotas
que traen para su Lago
besos de la aurora virgen
llenos de vida y de cantos,
besos de la noche viuda
llenos de ensueños lunados.

Y las vanidosas garzas
que en el agua están mirando
—como una mujer coqueta
en luna de espejo mago—
su porte de ave señora,
su traje de raso blanco,
sus contoneos airoso
y su talante gallardo.

Las valientes gallaretas
—en batallón alineado—
celosisimas guardianes
de la quietud de su Lago;
que, al primer beso del día
en las sienes del Nevado,
comienzan el gran desfile
frente del Coloso estático
—General de las legiones
de gallaretas-soldados—
y ante los diáfanos ojos
del soñoliento San Pablo
que ve pasar el desfile

—en su cristal duplicado—
en honor del Imbabura
y de la Madre Otavalo.

Y, a las doce de algún día,
cuando el Sol desteje el manto
del Viejo Padre Imbabura
con sus atrevidos rayos:
un Cóndor, el absoluto
Señor del Volcán y el Lago,
el que, solitario, habita
en el cráter apagado;
en són de vuelo las alas,
con ojos encandilados,
retando al Astro del día
—su enemigo milenario—.
Un cóndor, que al contemplarse
prisionero del San Pablo,
al solo que el Sol se entrega,
por apacible y por casto;
al que le quieren las flores,
por amoroso y por manso:
se arrepiente de ser Cóndor
y piensa: "Quién fuera Lago..."

V

Padre Inti besó a la Tierra
con besos hondos y largos:
fecundando las entrañas
de Mama-Llacta Otavalo.

Pasaron lunas y lunas
en que la Madre y el Lago
esperaban... esperaban...
que ese beso apasionado
rasgara el fecundo seno
de Tierra-Madre Otavalo.

Y fue la vida del Indio
del más finísimo barro:
la joya de arte más puro
que la raza ha cincelado,
el Hijo... el más bello Hijo
de este Mundo Americano.

VI

India: la de ojos-cocuyos
para encandilar tu barro,
boca de roja dulzura
de moras de tus cercados.
Si despetalas tu risa
en el seno del San Pablo,
le ciñes con doble hilera
de diente-cillos tan blancos,
que abrillantás la ondulada
risa argentina del Lago.

Sombra más sombra, la sombra
de tu cabello trenzado,
para el indiano contraste
de los ojos y los labios
incendiando el dulce rostro
en el ébano del marco.

Camisa llena de flores
bordadas en lienzo blanco,
flores de la fantasía
de las indias de Otavalo:
pompa del erguido pecho
y alegría del San Pablo.

¡Ah, del oro y los corales
que tienen esclavizado
el bello rostro de la India
hacia la faz de su Lago!

¡Ah, los morenos collares
de los contorneados brazos
cuando se hunden, codiciosos,
en el cristal destrozado
y aprisionan los brillantes
con que se enjoyan las manos!

¡Ah, los púdicos encantos
que el Lago está adivinando
debajo de la enlutada
noche del estrecho anaco!

¡Ah, la hermosura de la Hija
del Dios-Sol y de Otavalo!
¡.....!

VII

¡Indio de cuerpo arrogante!
¡Indio de espíritu bravo!
¡Atávicamente fuerte
por la fuerza de los rayos
con que el Padre del Imbaya
besó a la Madre Otavalo!

Indio: el Indio más perfecto
del americano barro;
Hijo del Sol y la Tierra
y Hermano menor del Lago.
¡Cómo recorres tu Mundo,
jineje del lomo glauco!
¡Cómo das rienda a tu ensueño
sobre el Lacustre Pegaso!
Y, espoleando sus ijares
con tus talones de macho,
tiendes tu vuelo a los cielos
y te encumbras al Nevado:
para aprisionar estrellas
y dárselas a tu Lago;

para robarle su nieve
y regalarle al San Pablo.

Fuerte: por Hijo del Inti.
Bello: por Madre Otavalo.
Indio del barro más fino
de este Mundo Americano:
¡cómo domas los oleajes
del primogénito Lago
con la audacia de tu espíritu
y la fuerza de tus brazos!

¡Ah, la brabura del Hijo
del Dios-Sol y de Otavalo!!!
¡.....!

VIII

Tuve los albos cendales
del Coloso immaculado,
para vestir la palabra
de mi Romance del Lago.

Tuve la verdad suprema
del Viejo Rey coronado,
para eternizar su efígie
en las aguas del San Pablo.

Y tuve la majestuosa
serenidad del Nevado
para carne de mi verso
y espíritu de mi canto.

Y así, vestido de alburas
y de verdad coronado;
de fondo claro y sereno
—como el mismísimo Lago—
doy a beber mi Romance
a quienes quieran gustarlo.

MEXICO

México de Guauthemoc:
glorioso Imperio Azteca,
cubierto por las alas de una Aguila gigante.

México de las Cumbres máximas de la América:
con tu Popocatepelt que eleva al infinito
su imprecación de lavas y cenizas,
la suprema protesta de aquel Dios de granito,
Titán Popocatepelt, que vomitaste el fuego
de tus entrañas rotas sobre la española,
que, surcando las aguas virgenes del Océano,
desvirginara tierras y mujeres aztecas;
Popocatepelt fiero
para los mil Centauros invasores
de cascos resonantes,
que humillaron tus valles y tus cumbres,
y de rostros barbudos
y blancos, tal si Padre Tonatiuh los besara
con sus rayos de luz; Popocatepelt,
don Juan enamorado de la India Ixtacchiuatl,
la montaña durmiente que te aguarda hace siglos
para el acto sagrado de la procreación.

¡Oh, México, que escribes la historia de tu Pueblo,
en el cielo radiante de la América,

con la pluma granítica del Pico de Orizaba,
México de las máximas Cumbres del Continente!!!

México de Cortés: el Bravo Capitán
que hizo suya a la tierra de Guathemoc,
hurgando el vientre ubérrimo
del que extrajera el oro
para dorar las naves
de las catedrales castellanas.
México de Cortés, que hiciera suya
a la hembra mexicana,
encarnada en la hermosa y fiel India Malinche,
la que adoraba a Dios,
adorando al Marqués Conquistador.
México de Cortés: porque Cortés,
si no viniera a México,
no fuera Hernán Cortés, ni Bravo Capitán...

México de mujeres hermosísimas,
como vasijas de tu barro azteca,
que portan alma en renegridos ojos
y luz de inteligencia en el cerebro.
Juana Inés de la Cruz: Décima Musa,
que unge con sus cantares de bíblica amadora
el lacerado corazón de Cristo
o nos dice en palabras de honda sabiduría
el poema de América.
Juana Inés de la Cruz:
Arabia, España, América,
espiritualidad de triple esencia
vertida en un criollo cuerpo de mexicana.
Y la Corregidora de Querétaro,
Libertadora audaz de su Nación opresa:
con su astucia de Fémínea,
su belleza de Diosa
y acción arrolladora de Heroína.
Y Leona Vicario: la Leona
que, a pechazos de hembra y zarpazos de fiera,

arrancó a los Leones españoles
la ensangrentada presa de su México.

México, en el que Hidalgo,
el Cura de Dolores,
al acercarse al ara de su rito cristiano,
tuviera la visión desoladora
de la Nación exangüe
crucificada en el abyecto leño
de las depredaciones
y el despotismo secular de España,
y, con la Hostia en las manos,
jurara por el Dios de sus creencias,
liberar a su Patria de la sierpe extranjera,
no ser más español,
y morir mexicano en la contienda.
México, del oscuro Párroco de Dolores,
que convirtiera en pedestal glorioso
el patíbulo infame.

México, inmenso-México, del gran Benito Juárez,
el Hombre hermano de la Cumbre augusta
de tu Popocatepetl.
Juárez, el Indio excelso,
que viendo ensombrecido
el cielo de las Águilas Aztecas
por irrisorio imperio de factura francesa,
importado vilmente por esa extranjería
rediviva en los nobles y los clérigos;
bajo golpes de espada y de sapientes leyes
ahogó el Imperio de Maximiliano
y las ruines pasiones
de quienes nunca osaron llamarse mexicanos.

México de Madero:
el nuevo Cristo de este Nuevo Mundo.
El que evangelizara en sus Leyes Agrarias:
"Hermanos del poblado,
amad a vuestros prójimos del campo;

dividid vuestra capa con el que no la tiene;
no les hurtéis sus tierras: si la tierra es tan amplia,
que se os entregará, tal pródiga ramera,
a todos los hermanos de campos y ciudades".

México que pariste a Pancho Villa:
aquel Santo Bandido
que ahorcaba al patrón con las manos histéricas
de la raza explotada.
Aquel Santo Bandido, que arrastraba una cola
de dolor y vergüenza,
de infamia y de laceria
—el campo desbordado arrasando ciudades,
cual flama apocalíptica depuradora y justa—;
cobrándose la sangre de los mártires hijos
que enrojecieron el vientre fecundo de su tierra.

México de Obregón:
el más Grande Estadista de la América,
que, hallando que en el templo de su Patria
se albergaba la eterna casta de explotadores,
con flamígera espada y con verbo tonante
lo barriera de zafios y ladrones.
Sin importarle que ellos, en sanhedrin nefando,
decretaran su muerte,
igual que la del sabio Rabi de Galilea
—hacedor de justicia y soñador de paz—
en nombre de la paz y la justicia...

México, Excelso México de todos estos hombres
que rigieron y rigen tus destinos;
rubricando con pluma y con espada
la paz de la Grandiosa Tierra Azteca
y su liberación definitiva;
en fuerza de la Idea
y el Trabajo potente de sus hijos:
síntesis sapientísima de tu PLAN SEXENAL.

MEXICO DE LAS CUMBRES MAXIMAS DE LA AMERICA.

FRENTE A FRENTE

Llegaron los Centauros. Ya Viracocha dijo:
"Padre Inti se oscurece al mirar a esos hombres
que, del lado del Charco, vendrán pisando fuerte
y arrojando centellas por sus bocas de fuego".

Los Centauros cabalgan el lomo de los Andes.
Atahualpa: Unigénito del Sol en esta América,
regiamente ataviado, salió a ver a los hombres
de las patas peludas y los troncos de hierro.

Y el español farsante tendió su mano innoble
al noble Hijo del Sol que hasta él descendiera.
Don Francisco Pizarro sonreía a Atahualpa
y su ambición y envidia torturaban al Inca;
porque, Hijo y Creyente, le increpara al cristiano:
"Blanco, tu Dios ha muerto. Padre Inti nunca muere."

ROMANCERO DE LA FLORECICA

(Fragmento)

CANTO XI

SIN USAR DE LOS SENTIDOS VA MARIANA POR LA TIERRA

Los nuelos cinco sentidos:
esas mysteriosas puertas
por donde s'entra lo güeno
é lo non güeno se adentra
al mesmo fondo de l'alma
que delios se halia suspensa;
en Mariana non ovieron
nengún falago: pues que Elia
mortificólos en toda
cosa mala é cosa güena.

Los oxos non los ponía
sinon dentro de sí mesma;
é la vida traxinaba
desconosciéndola entera:
sin saber qué faz habian,
inorando cómo eran
los sus déudos é sirvientes
que vivian lado d'Elia.

Nunca levantó los oxos
ni hacia altares de la elesia:
¿Qué más altar, quel su pecho
en el que su Dios viviera?...

Oidos sólo los ovo
para desgracias axenas,
de que sintió todas vesces
muchas compasión é pena.

Non se sabe del osado
q'en su presencia dixiera
palabras descomedidas,
ó esotras que van en mengüa
de la virtud de los otros
é de su onra ó su fazienda.

Non sabia de fragancias
ni de flores de su guerta;
magüer los otros sabian
del suave perfume d'Elia.

Del su gusto hemos catado
en semexante abstinencia;
é tamién lo que palpaban
sus manos, sanctas deveras,
en los muchos istrumentos
de sus grandes penitencias.

Por ésto, que en todo Quito
le vian a l'Azucena
é ponian como exemplo
de todas cuantas doncelias
aspirasen á liamarse
de recatadas é honestas.

"¡Aquí parece la Sancta!",
descian todos, al vella;

liegando aquestos descires
á ofender la su modestia.

Entonce, vino en cuidarse
de la su mortal flaqueza
que transformara el su rostro
cuasi en propia calavera:
por los continos azotes
é la su abstinencia estrema;
por el rigor del cilicio
é la suma penitencia.

Molestándole muy mucho
la opinión que d'Elia ovieran,
vino en pedille á su Duenno
que así se le devolviera,
íntegra é más rozagante,
su la tán sin par belieza.

E pidiólo omildemente;
é que nadien le creyera
de tán muy altas virtudes
é tal singular modestia;
como para dar exemplo
á las juvenes quitennas.

En oyendo las plegarias
de su omildísima Sierva,
el Sennor Don Hiesuchristo
q'en las sus manos encierra,
con todos los otros dones,
el dón de suma belieza,
se la volvió á su Mariana
mucha mexor que antes era:
tocada de angelicales
píneladas non terrenas;
tornándole rostro é manos
de fermosura perfeta,
con rosiclères de aurora

é suavidades de seda,
tales, que xamás sonnaron
artífices ni poetas
para las lindas muxeres
que unos é los otros crean.

Desconciertando á las gentes
que tán más linda la vieran:
con el rostro arrebolado
é las sus pupilas negras
radiantes de luz devina
é de alegría terrena.

Sin comprender tal prodigio
si non cuando estuvo muerta,
que mortaxaron su cuerpo
de tán horrible flaqueza:
que su esqueleto tendria
más carnes que la Doncelia.

Contrastando este esqueleto
con rostro é manos tán belias:
como que eran el milagro
del Hiesús por su Azucena.

Afirman que los pintores
le pintan siempre muy belia
—por bisonnos como fuesen—
porque el Buen Dios se los prieta
los sus devinos pinceles
é la celestial paleta
con que restauró la mucha
fermosura de su Sierva.

EL SANCTO MIGUEL MORENO

Pediros hé vuestos cantos,
Cherubines de los cielos,
pues hé menester agora
palabras que non dixieron
omes de l'Azuaya Tierra,
en Romance azás perfeto,
para decild de la vida
del Sancto Miguel Moreno:
Dotor en cencias que curan
ansi l'alma como el cuerpo.
E, más, Dotor en las cencias
que non son deste destierro.

Tan ninna que alzaba apenas
pocos palmitos del suelo,
viale en muchas mannanicas
al nueso Miguel Moreno,
camino del viexo ospicio
que albergaba á sus enfermos
é que aliegaba á los mozos
discipulos del Mayestro.

S'iba tã ensimesmado
—non sé si de los consuelos

que daria á los pacientes
q'ibanse fãcia lo eterno,
ó en ardescidas palabras
q'encendien xóvenes pechos
en mor á los sus fermanos
yacentes en pobre lecho
é pendientes las sus vidas
del carinno é saber delios—.
S'iba tã ensimesmado,
que non pisaba en el suelo,
como tantisimos sanctos
quel nueso Mundo anduvieron.

Qué descir de los sus oxos,
de tã negro desconsuelo,
que, de tãto ver miserias
é mill crueldades del tiempo,
quedasen desconsolados
de por siempre é sin remedio...

Ni, qué fablar de su boca
q'en siempre estaba desciendo
palabras á sus fermanos
é palabras á Dios mesmo
de tãta é quãta dulzura
é de tã suaves contentos,
magüer supiese de hieles
por darnos myel en sus versos.

Oxos de triste negrura...
Boca de amargor imenso...
Manos mesmas que de sancto
que va sobre deste suelo
consolando todas almas
q'en xamàs consuelo ovieron.

Fué en Romance: el tal romance
que cantara un gorrionzuelo
—golosilio enamorado
de los capuliyes nuevos—:
ansí de ligero é fráxil,
ansi de locuaz é tierno,
qual lo entona el paxarilio
en l'intimidad del guerto.

Romances de belias ninnas
q'el primer Amor sentieron:
tal que flecha corazones
con dardos tán más certeros.

Romances de ninnas belias
que al primer Dolor murieron:
pues florcicas de alma branca
non se arraygan en el suelo...

E Romances más romances
à la Reyna de los Cielos:
Romances de cien Cherubés,
en tal devino concierto,
que conmueven corazones
de mesmisimos luceros,
los que sospiran, temblando,
tales Romances oyendo.

Romances de Vida é Muerte.
Romances de tierra é cielo.
Romances: Sanctos Romances,
los de Don Miguel Moreno.

Si, tales dulces romances
los recogia el su Pueblo,
é, en noches de branca luna,
—noches las de dar serenos—
baxo de floridas rexas,
à la ninna de sus suennos

que despertaba à las vosces
en q'el su Sennor é Duenno
cantaba-lé sus quereres
é su dolor é sus celos;
tales cantigas abían
tán ardescidos acentos,
descires más melodiosos
é tán dolidos silencios:
música de yaravies
que los cantaba el su Pueblo.
Porque l'alma de su Cuenca
cantó con Miguel Moreno.

Agora vengo en fablaros
del mayor Sancto que abemos.
Sancto de Christo: el su Christo,
ansi como El de tán güeno.
Sancto de verdad: el Sancto
de corazón é de cuerpo.
Cabe las doradas rexas
del Devino Prisionero
en que, à sus fermanos omes,
se ofresce por Sachramento,
oras é oras se pasaba
en amoroso silencio.
E, toda l'alma se l'iba
por los dos oxos inmensos
muy dentro de tales rexas
para fablar con su Duenno
q'en tán albo Panecico
se nos dà por alimento.

¡Ayl, quán triste se me queda
el mi Sennor de los Cielos:
En soledad tán más sola...
En silencio más silencio...

¡Cómo le dexan los omes
tán solico en los sus tiemplos!..."

Ansi pensaba el Poeta
del Sanctísimo Sachramento.
E quiso facelle casa
que fuese el su propio tiempo:
—como cachito de Gloria,
tal un trocico de Cielo—,
dó pudiera aber morada
el Divino Prisionero.

E, tal que quiso, lo fiszo:
gastando sus propios medios,
é, quando éstos le faliaron,
con muchos medios axenos,
abidos de las limosnas
de toditico el su Pueblo;
E, más, de los centavicos
que todos ninnos le dieron.
Ansi fabricó la Eglesia
que por **Cenáculo** abemos
Prisión tão más grande é linda.
Adoratorio terreno
dó concurriesen los omes
—únos é ôtros, al su tiempo—
diya é noche... noche é diya
—presentes en alma é cuerpo—;
á Hiesús le consolando
E Dêl abiendo consuelos...

Hé de contar lo que fiszo
en el tal anno tercero
deste Siglo: q'es un anno
de muy felice recuerdo.

Por onrralle en mexor modo
á la Sennora dei Cielo
que plasció de aber morada
en pensil tão más risuenno
bordeado de los tres riyos
que ansi van-se descurriendo
dentrie el verdor de los prados
del nuese Ejido tão belio.

La tal morada que la ovo
en montecico pequenno,
por sennorear la su Cuenca
en pedestal exidenno
é miralle, complascida,
con oxos del mesmo cielo.

Nuese Bardo, enamorado
Del Devino Prisionero,
buscó los ninnicos todos
que del Sagrado Alimento
gustasen por vez primera
—angelicos deste suelo—
é, en el reduscido campo
de la Sennora del Cielo
mandó que regasen trigo
en surcos recién abiertos;
trigo que, ya branca arina,
empriestaria el su cuerpo
á la Forma Consagrada
del Sanctísimo Sachramento.

Quando las rubias espigas
maduros granos ovieron,
de las sus erguidas matas
las segaron elios mesmo
—los ninnicos de la siembra—.
E muchas ninnas venieron
para yuntar las gavilias
de lo que segaban elios.

E, en diya ocho de Diciembre,
en tal campo florecieron
muchas Azucenas ninnas
é Lirios, si muy pequennos,
d'imaculada brancura
é coranzonicos belios:
tales, para recibille
al Fermanico del Cielo
que así vino en recrearse
dentrie ninnicos tã güenos.

Fuè tal su amor à los omes.
E fuè tã vivaz el fuego
de Charidad que abrasaba
el su enardescido pecho:
que, diya en diya, la pena
ansi ibale consumyendo,
de mirar los muchos males
que, dende el Cielo, cayeron
desta linda Cuenca Andina
sobre del misero suelo,
como lluvia desatada
por las furias del averno.

Sequias muy más extremas
que hambres é sedes truxeron.
Pestes, que así desolados
dexasen omes é pueblos,
Tiemblores é terremotos
que cibdades destruyeron.
Pobres, inocentes ninnos
males de orfandad sufriendo.
Doncelias ansi burladas
en el su más puro afeto.
E muchos omes plorando
culpas que non fueron delios...

El Sancto que tal abia
corazón azàs imenso,
Charidad del mesmo Christo
é total renunciamento;
el tal cúmulo de males
é tantos miseros viendo,
postrábase de rodilias:
los oxos mirando al Cielo
é las manos empetrando
misericordia al Eterno.

E, conmovido, lanzaba
à la faz del Cielo mesmo
clamor que non fuese de otro
que de Don Miguel Moreno:

"¡Una orita... Sólo una ora
de ser Dios, Sennor é Duenno
de tantos omes cayidos,
de tã castigados pueblos...

"E qué Mundo fasería:
qué Mundo felice é güeno!!!

"Mundo sin penar de ninnos
Mundo sin plorar de viexos.
Mundo en que todos los omes
fuesen güenos... güenos... güenos.

Mundo de seres humanos
MUNDO: el mi Mundo perfeto...:
el Mundo tã muy más dino
del Rey de Cielos é Tierra...

Tal el SANCTO: el nueso Sancto
SENNOR DON MIGUEL MORENO.

DON DIEGO DE SANTILLANA

I

Erase un hidalgo y noble
galán de capa y espada.

Erase el Conde Don Diego
de la Paz de Santillana:
Marqués de Villaviciosa,
Señor de Sierra Nevada
y Caballero Togado
de la Orden de Calatrava.
Gentil Hombre de palacio
de la Real y Soberana
Majestad de Don Fernando,
el Rey más rey de la España.

Erase un hidalgo y noble
galán de capa y espada:
terror de los caballeros
y mimado de las damas;
quien, por lances no muy claros
y por asuntos de faldas,
pusiera leguas y leguas
entre sus muchas hazañas
y la aventurera vida
que en estas tierras llevaba.

Alto de porte, y tan alto
que a todos aventajaba,
tanto, que al pasar, altivo,
el portón de su morada,
la pluma de su chambergo
mansamente se humillaba.

Por la vida nocherniega
que Don Diego se gastaba,
la tez se le había vuelto
donosamente perlada,
palidez en que los ojos
ponían su ardiente llama
por dos ventanas tan grandes
que en ellas cabía el alma:
alma loca de placeres,
alma de amor abrasada,
alma llena de tormentas,
alma vacía de lágrimas;
alma triste... triste... triste...:
tanto, como la mirada.

Ojos perdidos por siempre
en irreales distancias,
como si de aquesta vida
perennemente fugaran.

Ojos estrellas distantes
sombriamente engastadas
en los cercos amorosos
de las ojeras violáceas.

Ojos muy hondos... muy hondos...
como que ellos sepultaban
tántas ilusiones muertas,
tántas mujeres amadas...
Si para eso eran tan grandes:
que en ellos cabía el alma.

Jugosa boca y tan triste
como la triste mirada,
que anhelos nunca alcanzados
y caricias no gozadas
en un rictus de amargura
hermosamente plegaban.
Dulce para la sonrisa,
suave para la palabra,
maestra, boca maestra
para succionar el alma;
cuando a los pétalos rojos
de los labios de la amada
sus dos pétalos de fuego
ansiosamente juntaba.

Fina la nariz y experta
en lo de olfatear la caza,
si una mujer atractiva
prendía la ardiente llama
de sus ojos, asesinos
de la presa que cazaban.

De puro mármol la frente,
muy amplia y toda veteada
de las azulinas venas
que más blancura le daban.

Erase un hidalgo y noble
galán de capa y espada,
el más apuesto y gallardo
de los varones de España:
terror de los caballeros
y mimado de las damas,
en San Francisco de Quito,
como en tierras castellanas.

II

Cuántas doncellas honestas,
cuántas mujeres casadas,
cuántas dolientes viudas:
cuántas víctimas incautas
de sus deseos vehementes,
de sus pasiones insanas,
que, tan pronto conseguían,
como tan pronto olvidaban;
que encendieran sus amores
y cien odios enterraran;
por más querellas que hubiera,
por más que lloviera lágrimas
y por más duelos y lances
que Don Diego provocara,
de los que salía ileso,
en los que siempre triunfaba:
porque, si en lid amorosa
tuvo suerte afortunada,
tuvo mucha mayor suerte
cuando su vida jugara
en el peligroso juego
de vengadoras espadas.
Pues, que en el Conde tan guapo
cabalmente se juntaban
la hermosura de su cuerpo
con la bravura de l'alma.

III

Embozado hasta los ojos,
Don Diego se retiraba
cuando los fieles cristianos
iban a la misa de alba.

Era de ser: Dios lo quiso
que la viera esa mañana

en la desierta plazuela
de la iglesia mercedaria;
toda vestida de negro
y, como una rosa blanca
prendida entre los encajes
de mantilla sevillana,
sorprendió la maravilla
de una lindísima cara
en que reían los ojos
risas de alegre alborada;
esos ojos renegridos
—luces de aurora tan clara—
que la noche más oscura
ellos solos alumbraban.

Don Diego perdió el sentido
y sintió que toda el alma
se prosternaba, amorosa,
a los pies de aquella dama.

Y de entonces, cada día,
cuando la luz más temprana
barría con los cendales
que entinieblan la mañana;
en la desierta plazuela
de la iglesia mercedaria,
Don Diego, como la noche
que a su hogar se retiraba
y la arrogante, la bella,
la misteriosa enlutada,
como la aurora triunfante
que a las calles asomaba,
impulsados por el sino
que dos vidas entrelaza,
feliz o siniestramente,
ambos a dos se encontraban.

Con la pasión vehemente
que a su vida atormentara,

a la Dueña de sus ansias
el Conde le requebraba:

—“Mirad que soy un mendigo
que una caridad reclama:
no más que vuestra sonrisa...
no más que vuestra mirada...
Negaréis esta limosna
siendo como sois cristiana,
siendo yo tan desvalido
y siendo vos millonaria?...”

“Que no puedo, caballero,
pues, sin ser mujer casada,
tengo antiguo compromiso
con el dueño de mi alma.
Bien quisiera entre los muros
de un claustro estar encerrada;
mas, por filiales deberes,
vivo con mi madre anciana.
No me requebréis, Don Diego,
que al Señor soy consagrada.”

Y la confesión ingenua
de mujer noble y honrada
le priva más a Don Diego,
a Don Diego más le inflama:
más que una tierna sonrisa,
más que una ardiente mirada.

IV

Nunca lo hiciérais, Don Diego,
—por la salud de vuestra alma—
cobijado por las sombras
de la noche tan rufiana,
ultrajásteis la doncella
y deshonrásteis su casta.

¿Quién vengará tal afrenta,
si no hay varón en su casa?

Pero hay un Dios en el cielo
que a los débiles ampara,
que en el cuerpo mancillado
ve la blancura de l'alma;
a quien Don Diego ofendiera
en su virgen desposada.

V

Don Diego estaba muy solo
en su tétrica morada:
lleno de remordimientos,
pesaroso de su falta.
¿Comer... Dormir... Divertirse...?
loco fuera si intentara:
sólo Ella en su eterno día...
sólo ella en su noche larga...
Sólo Ella en su pensamiento...
Y sólo Ella en su alma...

Las horas de media noche
el puntero señalaba,
con cerrojos los postigos,
todas las puertas cerradas:
muy solo estaba Don Diego
en su tétrica morada.

¿Era realidad o sueño
lo que, asombrado, miraba?:
¿por dónde entraron los hombres
que en su presencia se hallaban?
¿Quiénes eran los osados
que de esta manera le hablan...?

—“De parte de Dios venimos,
como Padrinos nos manda;
porque en la balanza eterna
muy graves son vuestras faltas;
a preveniros, Don Diego,
que en la noche de mañana,
cuando el fúnebre tañido
de las piadosas campanas
recuerde a los fieles todos
que hay que rezar por las ánimas;
en el panteón que hay en frente
de la iglesia mercedaria,
sin padrinos, sin testigos—
como la parte contraria—
habéis de batiros solo,
a puro filo de espada,
con el que Dios designare
para que venga a la dama
cuya virtud maculásteis,
aun siendo su desposada”.

Y Don Diego les responde
a los dos que así le hablaban:
—“No puedo aceptar un duelo
en forma tan desusada.
A la luz del claro día
rendí cien valientes armas,
y en más públicos lugares
no en la fúnebre morada
donde reposan los cuerpos
y los espíritus vagan”.

Los ojos se le encandilan
y se le enciende la cara;
siente el látigo infamante
de varonil bofetada;
mientras una voz le insulta:
—“¡Eres cobarde y canalla!
quieres eludir el duelo

con matoniles patrañas.
Mas, ha llegado la hora
y tiene Dios la palabra:
Dios que te ordena que acudas
a la cita de mañana,
en el panteón que hay en frente
de la iglesia mercedaria".

— "¡Muy bien!, ruge el ofendido,
cuando lloren las campanas
el tañido de los muertos
iré a entregarle mi ánima
a quien así lo dispone
de manera tan extraña.

— "Decidle a Dios que Don Diego
de la Paz de Santillana
acepta su duelo a muerte
entre un vivo y un fantasma".

VI

A las siete de la noche
y al tañido de las ánimas,
los asombrados vecinos
de la iglesia mercedaria
vieron llegar a Don Diego,
muy embozado en la capa,
al panteón, que en esas horas,
al más valiente aterraba;
y, como entrar no pudiera
por las puertas cerrojadas,
encaramándose en lo alto,
saltar por sobre la tapia.

Después de un grande silencio,
oyeron choques de espadas;
luego la voz clamorosa
del Conde de Santillana:

débil voz de agonizante,
voz muy triste y desolada,
que a los cielos ofendía
y a Dios así le imprecaba:

— "Maligno espíritu, dime:
¿cómo sin mano y sin arma,
a Don Diego le has vencido,
endemoniado fantasma?...
Muero sin ninguna herida
por donde se escape mi alma,
a no ser la herida inmensa
del amor de aquella dama
que tiene por adalides
al mismo Dios y a un fantasma..."

.....

Cuando acudieron los frayles
de la iglesia mercedaria
a entérarse de la nueva
que los vecinos contaban,
hallaron sobre una fosa
al Conde de Santillana,
íntegro el cuerpo valiente;
mas, sin la vida de l'alma.

VII

Y en más de trescientos años
—que en la eternidad son nada—
y en muy más de cien mil noches
se repite la macabra,
la postrimera aventura
del Conde de Santillana.

Desde la apartada calle
que decían "La Guaragua",
de la casa que hay en frente

a la iglesia mercedaria;
cuando las campanas lloran
el tañido de las ánimas,
con el paso mesurado,
bien embozado en la capa,
codeándose con la vida,
cruza la sombra fantasma.
Y en el dintel de una puerta
que de vivos es morada,
donde hace algunas centurias
sólo la muerte habitaba,
se para el Conde Don Diego:
el de alma tan abrasada,
el de varonil coraje,
el de figura gallarda;
como en espera impaciente
de la aventura macabra.

Ya perdido entre las sombras
o a favor de luz muy clara,
cual si de sí desprendiera
potente luz extrahumana;
hermoso, como en los días
que de la vida gozaba:
chambergó que se disfuma
en la penumbra enlutada,
ojos en los que el insomnio
la tristeza eternizara,
labios de dulce sonrisa
por la muerte congelada
y, sobre la negra toga,
linos de gorguera blanca.

Alucinante figura
que ha quedado retratada
en las niñas de mis ojos
y en las retinas de mi alma.
Habitante de los mundos
en que el espíritu vaga,

que, con sus ojos tan tristes
y con su muda palabra,
me ha dictado este Romance
para regalo de l'alma
de los pocos que creyeren
en historias de fantasmas...

ROMANCE DEL PASILLO

I

Españolísimo acento
entre los Andes cautivo.

Claro llanto de otra raza
por ojos indios vertido.

Connubio de sentimientos
en música de gemidos:

Romanza de lejanía
de los españoles hijos.

Dulce grito de protesta
de los sojuzgados indios.

Música, la más criolla,
la música del Pasillo.

II

Canto de pasión y fuego
en los labios femeninos;

cuando, entornados los ojos,
los pechos estremecidos,
le desgarran al silencio
con el puñal del Pasillo
que, traspasando la nada
de los humanos sentidos,
y encumbrándose a los cielos,
se llega hasta el infinito
a dejar en su regazo
—tal como niño dormido—
relicario de dolores,
tembloroso y pequeñito,
el corazón palpitando
en las notas del Pasillo.

III

Llanto de pasión y fuego,
dulce canto encandescido;
cuando, al pie de una ventana,
lanza el melodioso grito:
ruego que implora anhelante,
amor que adora rendido,
celos que amenazan locos,
dolor que llora contrito.
Amores y venturanzas
en la aurora del idilio;
dolores y desventuras
en la noche del olvido.
Un corazón amoroso
palpitando enfebrecido
en la escala luminosa
lanzada con el Pasillo,
que asalta lindes y muros,
y va derecha hacia el nido,
a dormirse en el amante
regazo tan infinito,

tan lejano y misterioso
de un corazón femenino.

IV

Un cantor y una guitarra
bajo el muro anochecido.
Ondulando el blanco pecho,
los encajes y los linos;
en el sueño del ensueño,
un corazón, como un niño.

Violador del casto sueño,
el amoroso Pasillo,
escurriéndose, alevoso,
besa el corazón dormido.

Luego de haber lastimado
el corazón, con su grito,
en doloroso morendo
de amor, se queda dormido
en el seno de la noche
de virgen romanticismo
y en el pecho de la virgen
que va tejiendo el idilio.

Se queja dulce... muy dulce...
rallentando... pianissimo...
Amor y Dolor, a un tiempo,
canta todo estremecido;
amortiguando sus ansias
y sus febriles delirios,
las notas que van muriendo
como el humano latido;
hasta perderse en el pecho
donde naciera el Pasillo,
donde viven los amores;
y donde muere el sonido...

V

Dulce como la esperanza,
hermoso como el idilio,
suave como el primer beso,
trémulo como un latido.

Como el deseo, inconstante,
como el anhelo, infinito,
como el amor, placentero
y como el dolor, dolido.

Españolísimo acento
entre los Andes cautivo.

Música la más criolla:
la música del Pasillo.

NOCHEBUENA

Ríe el cielo con lampos de gloriosa alegría:
hoy nace Cristo al mundo.
¡Gloria in Excelsis Deo!
—Gloria a Dios en los cielos
y Paz aquí en la tierra
para los hombres-lobos. ...—

Esta es la Nochebuena: es la bíblica noche
del humilde Rabino que naciera en Bethlem:
noche del niño pobre, noche del proletario,
de todos los que han hambres,
de todos los que han sedes,
de todos los que van implorando justicia.
Noche: para cubrir lacerias vergonzantes.
Noche invernal que cala los harapos del pobre.
Noche de las miradas mendicantes y torvas
de ojos desorbitados de los hombres maduros,
y esmirriados muchachos, y mujeres escualidas:
malos hombres en ciernes, pobres chicos de arroyo,
hampones y ramera-postes de las vitrinas
radiantes, esta noche, por las luces voltaicas
y por la luz siniestra de las pupilas de ellos
que devoran los ricos mercados de juguetes,
manjares succulentos y bambalinas regias:
criminal tentación de muchachos ilusos

y adultos soñadores;
zarabanda tremenda de estómagos exhaustos
y ambiciones absurdas.
Secular Nochebuena... Nochebuena de todos...

Te llaman Nochebuena: porque repletas pródiga
de ordinario burgués la comba panza;
porque colmas de dones los ricos zapatitos
de los niños mimados de la suerte;
porque ofreces bocados de viandas y mujeres
a fatuos aristócratas
y pones al alcance de sus bolsas sin fondo
vitrinas de juguetes y placeres carísimos;
porque sacias las hambres monstruosas de los ricos
hastiándoles vilmente...
Nochebuena de esos...
Nochebuena de nadie...

Nochebuena del padre proletario
que robara gustoso la linda Shirley Temple,
para su nena tísica
que sueña con la gran muñeca rubia.
Nochebuena del niño de pupilas sombrías
que quisiera ser dueño del caballito negro
que relincha y que corre dentro de la vitrina.
Nochebuena de madre infortunada
que vendiera su carne cien veces esa noche,
por comprar el perrazo ojituerto y barbudo
que pintó una sonrisa en los labios del hijo.
Nochebuena del misero atorrate
que siente el anudarse de las tripas
con la visión hermosa de manjares vedados.
Nochebuena del ruin descamisado
en cuyo cuerpo flaco
hinca sus dientes el furioso invierno.

Nochebuena de hambreada prostituta
 que ve pasar los hombres sin mirarle siquiera
 ni escuchar su importuna cantinela;
 pues van a los salones:
 mercados en que venden carne buena y barata.
 Nochebuena del golfo que grita los diarios
 con el pulmón cansado y el estómago frío.
 Nochebuena del misero empleado
 que gastó la quincena en los caros juguetes
 —ilusión de un minuto de sus hijos—
 y va pensando en lo que hará mañana
 para calmar las hambres de los suyos.
 Nochebuena del joven que corrige diarios
 con pensamiento y sentimiento de otros;
 tiritando del frío en la mesa de pruebas,
 riñendo con los tipos que fugan de sus ojos
 —los mismos que fugaron de manos del tipógrafo—
 y todo, porque el hombre burgués que paga y lee,
 se dé por la mañana
 el lujo de beberse noticias y política;
 como un bocado más del regío desayuno.
 Nochebuena del bohemio empedernido
 que lleva en su cabeza la insana pesadumbre
 de versos y poemas:
 margaritas echadas a los cerdos...
 ¿NOCHEBUENA DE ESTOS???

Nochebuena del lobo que aulla en las ciudades
 ávido de la sangre de los hombres-corderos.
 Nochebuena del pobre Rabi de Galilea.
 Nochebuena que brinda torturas a los pobres
 y alegría a los ricos.
 Nochebuena de éstos...
 Nochebuena de nadie...

EX-REINA CAUTIVA

¡Pobre Osa cautiva!
 lejos del calor fecundante de la selva
 y sus múltiples aromas:
 vainilla, canela, incienso
 quemados en el rojo pebetero del sol.
 Lejos del ulular bravo
 del viento que acaricia a la jungla
 y lejos de la yerba mullida del cubil.

¡Infeliz Osa Michil;
 nombre oprobioso
 con el que signara tu regia testa
 el inhumano rey de la creación.
 Ese que te hacinara, con otros animales,
 en la ruin pequeñez de un zoológico;
 ese que te exhibe,
 porque te reconoce hermosa
 y castiga tu crimen de no ser hombre
 torturando tus cinco sentidos.

¡Pobre Ex-Reina cautiva!
 Sorprendo en tus ojos
 el beso triste de la nostalgia
 que acerca el paisaje a las pupilas ávidas:
 Selva.

Selva.....
más selva.....
Y, Dios de ella, el Sol
salvajemente desnudo como sus hombres.
Te miro: las aletas de la nariz
dilatadas por el viento
ungido de olores tropicales;
atento el oído, tal si escucharas
el rugido de tus hermanos
bajo el dosel magno de verdor ilimitado,
relamiéndose el acre gusto de la sangre
del conejillo inexperto
sepultado en sus fauces hambrientas;
arañando tus patas nerviosas
la gredosa hierba del camastro,
tentándole al macho
cuyas potentes zarpas marcarán tus ijares
estremeciendo tus entrañas locas de vida,
buscándole al hermoso macho
que saciaba tus urgencias de amor.

¡Prisionera indefensa!
los chicos —cachorrillos de los hombres—
martillean imbéciles
y exacerban tu pena
a piedras y pinchazos,
sólo por el placer inocente
de escuchar tus impotentes gruñidos.
¡Sufre... Déjalos hacer...:
eres Reina de burlas!
Si lo supiera tu macho...

Cautiva, enferma, baldada:
¿por qué te ofenden?
Tus patas, mordidas por el frío del Ande,
no te sostienen ya,
menos te defienden;

tu voz, enronquecida de alturas,
ya no amedrenta;
tus ojos, entintados de dolor y ausencia,
apagaron sus lumbraradas
—fascinación del bosque—
y sólo saben de miradas imploradoras
a los hombres-verdugos.
Tienes hambre: ¿no te arrojan diariamente
dos sucres de carne inmunda
y cualquiera fruta podrida?
—No se trata mejor a una bestia...—
Y te quejas:
¿en dónde están los humanos???

La afilada blancura de tus dientes
es tan exótica... y bien vale tus quejidos.
Y, más que todo,
los hombres tienen derechos sagrados:
reír... divertirse... gozar...
a costa de los sufrimientos
y aún de la vida de los pequeños:
es el rey de la creación...

¡Compréndelo de una vez,
pobre Osa atormentada!,
el hombre es la bestia humana del universo...

EL ROMANCE DE MI MUERTE

Siglos hace que la tierra
ha mullido su regazo
para acunarle a mi cuerpo
en el eterno descanso.

Por umbrero, por tranquilo,
por humilde y proletario,
escogí yo misma un día
el trozo de Camposanto
en que he de dormir el sueño
del que nunca despertamos.

No en un hueco reducido
de ruin castillero humano
ni en ridículo y soberbio
monumento funerario;
sino junto, muy juntito
de los que son mis hermanos:
para saber lo que piensan
con su pensamiento vacío...
Para escuchar lo que dicen
en su idioma tan callado...
Para sentir cómo late
su corazón de gusanos...

Para dormir con los míos:
todos los infortunados...

Sobre el regazo materno
tendido mi frágil barro,
la eterna y humana Madre
que me cubra con su manto.
Y que ese manto le borden
con las raíces de un árbol:
fraterno guardián celoso
de mi postrero descanso.

Pero no un árbol maldito,
sin flores, frutos ni cantos;
sino el árbol de mi Cuenca,
mi Capulí tan morlaco
millonario de armonías
que alegren el Camposanto:
los trinos de los pilluelos
y la risa de los pájaros...

Cuando se vengán los niños
a jugar bajo de mi árbol,
les dé la miel de sus frutos
para endulzarles los labios,
y, para endulzar su vida,
la rica miel de sus cantos.

Para que apague las sedes
de mis descarnados labios;
para que llene de lágrimas
mis tristes ojos vaciados;
y, calándome esta frágil
vestidura de mi barro,
lave del polvo mis huesos
y los deje immaculados:
que llueva sobre mí Tierra
copiosa lluvia de mi Árbol

—lágrimas de la alborada,
gotas del nocturno llanto
que los ojos de las nubes
sobre sus frondas lloraron—.

Hace siglos que la Madre
ha tendido su regazo:
por recibirle a mi cuerpo
y anonadarle en sus brazos.

Lecho de un Hospital.
Navidad de la Muerte.—1942.